



2. ¿Qué hacer con el euro? El debate de la izquierda europea

Una estrategia de izquierdas para Europa: respuesta a Michael Husson

Costas Lapavitsas

Las causas del huracán europeo yacen en la crisis mundial iniciada en 2007. En pocas palabras, la bancarrota de Lehman Brothers en septiembre del 2008 condujo a una crisis bancaria que desembocó a su vez en una recesión global. Las economías europeas fueron golpeadas por las vertiginosas caídas de las exportaciones y la contracción del crédito. Inicialmente, la intervención estatal aminoró el impacto: en parte para apoyar a los bancos y en parte para mantener la demanda agregada. Sin embargo, la intervención de los Estados condujo al siguiente período de la crisis, el de la deuda pública, que resultó ser también el más grave, ya que a medida que la crisis de la deuda pública se fue profundizando amenazó a su vez con encender de nuevo la crisis bancaria.

Dicho esto, es imprescindible enfatizar que el carácter y la ferocidad específicos de la barahúnda europea yacen en la unión monetaria. El euro ha jugado un papel de mediador en la crisis mundial en Europa y, desde una perspectiva marxista, esto no debería sorprendernos, ya que el euro constituye una forma de “dinero mundial” y no simplemente una moneda común. El euro está diseñado para funcionar como medio de pago y atesoramiento o, en la jerga de los economistas convencionales, como moneda de reserva. El euro sirve los intereses de los grandes Estados que lo dirigen y de las empresas industriales que lo despliegan a nivel internacional. Sin embargo, el euro ha cristalizado a su vez las tensiones y los desequilibrios del capitalismo europeo, actuando como el epicentro de la crisis. Éste ha sido un rasgo común de las divisas mundiales desde que el oro empezó a jugar dicho papel y dictó el ritmo de las crisis mediante su atesoramiento y sus flujos de compra y venta.

El euro es una forma de divisa mundial poco común creada por una alianza de Estados liderada por Alemania. En este sentido presenta diferencias importantes respecto a la forma dominante de “dinero mundial”, el dólar, ya que éste

ha sido una divisa nacional catapultada a su rol mundial como resultado del poder imperial de un estado y una economía unificados. Sin embargo, para que el euro pudiera actuar de “dinero mundial” fue necesario crear una maquinaria institucional adecuada para una alianza liderada por Alemania, la cual es un estado-nación considerablemente más débil que Estados Unidos. Tuvieron que darse para ello tres factores fundamentales: en primer lugar, un banco central independiente con pleno control sobre la política monetaria y que preside un mercado monetario homogéneo para los bancos; en segundo lugar, una rigurosidad fiscal impuesta mediante el Pacto de Crecimiento y Estabilidad y; en tercer lugar, una presión implacable sobre salarios y condiciones laborales con el objetivo de garantizar la competitividad del capital europeo.

La maquinaria institucional del euro ha catalizado la crisis en Europa. La presión más implacable sobre el trabajo se ha producido en el centro de la eurozona y ha buscado, sobre todo en Alemania, una creciente competitividad. El resultado ha sido la consolidación de una brecha entre el centro y la periferia, la cual se ha visto reflejada en los superávits por cuenta corriente del primero y los déficits de la segunda. La brecha fue cubierta por enormes flujos de capital del centro a la periferia, principalmente en forma de préstamos bancarios¹. Además, los bancos en la periferia iniciaron una rápida expansión contribuyendo de esta manera a la deuda. Al final de la primera década del siglo XXI la periferia se encontraba profundamente endeudada a nivel doméstico y exterior por un lado y a nivel privado y público por el otro.

Cuando la crisis mundial golpeó en Europa, derivando en recesión e intervención estatal, se convirtió inevitablemente en una crisis de la periferia en todas sus dimensiones. A su vez, la crisis de la deuda amenazó con devenir una crisis bancaria que potencialmente podía destruir al euro. La respuesta a la crisis por parte de las clases dominantes europeas- tanto del centro como de la periferia- ha resultado muy sintomática de los rasgos del ‘proyecto’ europeo, ya que su principal preocupación ha sido rescatar al Euro. Es por ello que las políticas se han centrado en salvar a los bancos expuestos a la deuda de la periferia. De esta manera, el BCE ha avanzado a los bancos abundante liquidez a precio reducido y, en claro contraste, ha puesto a disposición de los Estados escasa liquidez a elevadas tasas de interés. De forma paralela, se ha impuesto una austeridad sin precedentes en los países de la periferia a la vez que su estado del bienestar ha sido recortado y sus condiciones laborales empeoradas. Los costes de la crisis, de este modo, han sido descargados sobre las espaldas de la gente trabajadora. Ya a principios del 2011 los contenidos de clase de las políticas de rescate del Euro esta-

¹/ Tal y como se explica con detalle en Lapavistas et al. (2010).

ban bastante claros: primero, defender los intereses del capital financiero protegiendo a los tenedores de bonos y otros prestamistas; segundo, promover los intereses del capital industrial exprimiendo costes laborales.

Estas políticas han sido dictadas por la principal beneficiaria del Euro, Alemania. La ascendencia alemana es en estos momentos más fuerte de lo que lo había sido en cualquier otro momento de la historia de la Unión Europea. Los intereses imperiales del corazón de la eurozona también se han manifestado claramente. Si las políticas actuales de rescate del Euro tienen éxito- y existen serias dudas de que sea así- Alemania emergerá como el indiscutible amo de la eurozona y la fuerza dominante de toda Europa. Mientras tanto, la periferia seguirá estancándose con altos índices de desempleo y un empeoramiento de la distribución de los ingresos, aunque existe un reducido sector del capital financiero e industrial de la periferia al que seguramente le continuarán yendo bien las cosas.

La crisis ha marcado sin duda un antes y un después en Europa, ya que ha impuesto un rápido proceso de cambio social a favor del capital y en contra de los trabajadores y trabajadoras. También ha promovido cambios geopolíticos mediante la conversión de la eurozona en el patio trasero de Alemania. A su vez, ha dado al traste con las ya desgastadas ideas de alianza estable y federalismo europeos que habían servido de coartada ideológica para la creación de la eurozona. Así, la crisis debería haber constituido una gran oportunidad para que la Izquierda recuperara la compostura y avanzara propuestas anticapitalistas que colocaran a Europa en un rumbo socialista. Desafortunadamente esto no ha pasado aún. Una parte importante de la izquierda continental todavía se encuentra paralizada por el europeísmo y preocupada por desarrollar estrategias con carácter europeo más que socialista. Teme, ante todo, trastocar la unión monetaria. El resultado de todo ello ha sido la ausencia de una oposición de Izquierdas a la transformación social e imperial que en la actualidad está teniendo lugar en Europa.

¿Un 'buen euro'?

La izquierda europeísta se aferra a la idea de que la eurozona podría ser reformada a favor de las clases trabajadoras mediante la creación de un 'buen euro'. Se puede clasificar a los defensores del 'buen euro' en dos corrientes: las dos son prominentes en el seno del recientemente creado Partido de la Izquierda Europea pero también de manera más amplia en toda Europa/2. Una corriente está formada por europeístas que en general minimizan los intereses imperiales y de clase motores de la unión monetaria. La otra corriente está compuesta por europeístas reticentes quienes, a pesar de

2/ Ambas tuvieron una presencia importante en la conferencia "Deuda pública y políticas de austeridad en Europa: la respuesta de la izquierda europea", celebrada en Atenas en Marzo del 2011 <http://athensdebtconference.wordpress.com/about/>

que enfatizan los intereses de clase, no acaban de comprender las implicaciones de crear un nuevo “dinero mundial”. A ambas corrientes les aterrorizan los peligros del nacionalismo y el aislacionismo que podrían resultar del colapso de la eurozona. En definitiva, quizás la unión monetaria ha sido mal concebida pero ahora mismo es una realidad y en ningún caso sería recomendable salirse de ella/³.

Para los europeístas reticentes esta posición también deriva en lo que podría denominarse ‘europeísmo revolucionario’ o, en otras palabras, derrocar al capitalismo en el supuestamente privilegiado terreno de la integración europea. Lógicamente esto también conllevaría la creación de un estado europeo unitario (y revolucionario), aunque esta última demanda no suele ser expuesta de manera explícita. Ya sean entusiastas o reticentes, las propuestas en torno al ‘buen euro’ muestran una convergencia considerable. Existe, por ejemplo, un amplio acuerdo en torno a la necesidad de ofrecer resistencia a la austeridad y la liberalización, así como en que Europa necesita una mayor redistribución de los ingresos y la riqueza. Hay también acuerdo en que una coordinación de las políticas de inversión podría incrementar la productividad en la periferia y reestructurar la economía europea.

Son estas ideas encomiables y una parte importante de la izquierda- ya sea europeísta o no- seguramente coincidiría con ellas. El problema, es que no se enfrentan a la verdadera naturaleza de la crisis y al hecho de que su aspecto más preocupante es la deuda de la periferia. En la izquierda hay un acuerdo generalizado en que los países de la periferia necesitan deshacerse del lastre de la deuda para que sus economías puedan recuperarse. Más allá de esta premisa, no obstante, resulta difícil encontrar otros acuerdos. Los europeístas fervientes, como por ejemplo los que se encuentran en el Partido de la Izquierda Europea, tienden a favorecer una reestructuración consensuada de la deuda (a efectos prácticos, un impago dirigido por los acreedores), lo cual reduciría el nivel de deuda de la periferia sin alterar en exceso los mecanismos de la eurozona. Un impago dirigido por los acreedores, sin embargo, no cuenta con demasiadas posibilidades de reducir la deuda de la periferia, ya que a los prestamistas no les suele agrandar incurrir en pérdidas. Así, los reticentes tienden a favorecer una reestructuración radical de la deuda a menudo a iniciativa del prestatario. Proponen, no obstante, eliminar la deuda de manera unilateral permaneciendo en el marco de la eurozona, y los principales poderes de ésta tendrán que soportar las pérdidas. No han sido capaces de explicar aún los europeístas entusiastas de qué modo conseguirá llevarse a cabo.

Ante este escenario, los europeístas han avanzado una variedad de propuestas específicas en relación con la deuda. En este punto el terreno se vuelve res-

³/ Ejemplos de ello son, entre otros, ATTAC-Alemania (2011) y Husson (2010).

baladizo, ya que conduce a los alcances externos de las políticas de los gobiernos de Europa. Las propuestas habitualmente se han centrado en préstamos del BCE y en la emisión de eurobonos, los cuales se encuentran presentes ya en las políticas actuales de la eurozona.

En resumen, la idea general parece ser que el BCE debería expandir su actual práctica de comprar deuda pública en mercados secundarios (y hacer préstamos tomando como garantía la deuda pública de la periferia). El BCE debería adquirir una parte importante de la deuda existente en los países de la periferia así como financiar futuros préstamos de los Estados de la eurozona. También se sugiere que la emisión de eurobonos- que ya es efectuada por el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) para obtener fondos y prestar a países que se encuentren en dificultades- se vea incrementada para satisfacer así las necesidades de crédito de los Estados de la eurozona/4.

¿Una homogeneidad fiscal y monetaria en la eurozona?

Nada impide una combinación de estas sugerencias, incluyendo la propuesta de que el BCE se autofinancie mediante la emisión de eurobonos. Estas propuestas se presentan como análogas a las operaciones de la Reserva Federal en Estados Unidos y, así, como un importante paso hacia la creación de una homogeneidad fiscal y monetaria en el seno de la eurozona. Desafortunadamente, contienen también grandes problemas, lo cual explica que hayan recibido escasa atención de la clase dirigente de la eurozona. Uno de los problemas reside en las pérdidas resultantes de la deuda periférica de mala calidad. Si, por ejemplo, el BCE adquiriera deuda ya existente de la periferia con un gran descuento, el capital de los bancos debería ser repuesto para evitar pérdidas; si la deuda fuera adquirida por su valor nominal, seguramente el BCE acabaría teniendo pérdidas importantes que deberían ser saneadas. Existe una confusión muy difundida entre gran parte de la izquierda en torno a lo que un banco central puede y no puede hacer. El BCE en realidad tiene gran capacidad para actuar de prestamista de último recurso avanzando, por ejemplo, liquidez a bancos y Estados. Pero ser un acreedor prestamista de última instancia nada tiene que ver con manejar deuda mala, es decir con la solvencia. Garantizar la solvencia es responsabilidad del Ministerio de Finanzas, el cual debe generar ingresos mediante impuestos que compensen las pérdidas ocasionadas por las malas deudas. En el contexto europeo esto significa recurrir a los impuestos sobre los ingresos de los países del centro, imponiendo la carga de esta manera a las clases trabajadoras. El BCE no tiene ningún poder para convertir en buenos los

4/ La idea de emitir eurobonos de forma sistemática ha incrementado considerablemente su influencia al ser propuesta por las voces oficiales de Juncker y Tremonti (2010). Sin embargo, ya había circulado antes durante algún tiempo entre las corrientes de izquierda.

“Como resultado, si la solvencia bancaria deviniera problemática, los bancos únicamente podrían recurrir a sus propios Estados, tal y como sucedió en Irlanda en el 2009 y el 2010 y en Bélgica en el 2008 y el 2009”

irresponsables créditos que los bancos europeos han realizado durante toda la década del 2000. Recapitalizar los bancos, a su vez, comporta garantizar ingresos tributarios, un paso que posee profundas implicaciones de clase y de poder.

Es más, la sugerencia de que el BCE debería adquirir deuda periférica de manera sistemática y que incluso debería comprometerse de manera explícita a financiar los futuros préstamos de los países de la eurozona, supondría una amenaza para el euro como “dinero mundial”. Si el BCE, por ejemplo, empezara a financiar los préstamos habituales de todos los países de la eurozona, se incrementaría el riesgo de inflación, lo que a su

vez reduciría la credibilidad del euro en los mercados mundiales. En este sentido el euro no se puede comparar con el dólar. El dólar es la principal forma de “dinero mundial” cuya aceptabilidad proviene de mecanismos institucionales habituales y establecidos. El euro es un competidor que aún no ha desarrollado un marco sólido de aceptabilidad en el mercado mundial. No es nada probable que la clase dominante alemana acepte que el BCE otorgue préstamos a Estados, dado que ello podría hacer peligrar la aceptabilidad global del euro.

Se pueden hacer consideraciones análogas en torno a la emisión de eurobonos con el objetivo de reponer la deuda de la periferia. Las dificultades de los Estados periféricos a la hora de acceder a préstamos pueden ser sin duda remediadas mediante la emisión de eurobonos, aunque este mecanismo sería mucho más lento que si el BCE inyectase liquidez directamente. Pero enfrentarse a las más que probables pérdidas resultantes de las malas deudas es un asunto completamente distinto que requiere garantizar el capital proveniente de los ingresos tributarios. Y ello es así sin ni siquiera tomar en consideración el coste adicional que supondría para los países del centro pedir préstamos a altas tasas de interés si tuvieran que emitir eurobonos de manera conjunta con los países de la periferia.

Finalmente, existe otro problema que no suele tenerse en cuenta. Las propuestas en relación al ‘buen euro’ tienen como objetivo fundamental acabar con la contradicción existente entre heterogeneidad fiscal y homogeneidad monetaria en el seno de la maquinaria institucional de la eurozona. Es de suponer que la creación de un espacio fiscal común en la eurozona, bien mediante préstamos o por el BCE, podría mejorar el funcionamiento del euro y eliminar las crisis. Pero el problema yace en que la esfera financiera de la eurozona no es ni mucho menos tan homogénea como se suele imaginar. Efectivamente, existe un mercado monetario homogéneo que regula los términos de los préstamos de los bancos en toda la eurozona, pero la propiedad de los bancos continúa siendo resueltamente nacional. De manera similar, no existe homogenei-

dad alguna a la hora de supervisar y regular las actividades de los bancos sino que éstas son efectuadas por los respectivos Estados-nación. Como resultado, si la solvencia bancaria deviniera problemática, los bancos únicamente podrían recurrir a sus propios Estados, tal y como sucedió en Irlanda en el 2009 y el 2010 y en Bélgica en el 2008 y el 2009. No existen mecanismos europeos para lidiar con las pérdidas en las que los bancos europeos inevitablemente incurrirían si se cancelara la deuda de la periferia. Y tampoco existe ninguna fórmula aparente mediante la cual se podría convencer a los trabajadores franceses y alemanes de que aceptaran tasas más altas para rescatar, pongamos por caso, a bancos italianos. En este sentido el euro continúa siendo una creación de Estados-nación y sus implicaciones para los trabajadores contienen a su vez una clara dimensión nacional.

Una estrategia de la izquierda radical

Una estrategia alternativa a las políticas actualmente adoptadas en el conjunto de la eurozona debería ofrecer una solución a la crisis que consiguiera cambiar el equilibrio de las fuerzas sociales hacia el trabajo y empujara a Europa en una dirección socialista. Para poder desarrollar una posición propia y distintiva, la izquierda debería poner en cuestión las decisiones estratégicas de los dirigentes europeos en lugar de centrarse en meros y defectuosos apaños institucionales. Un primer paso sería reconocer las relaciones imperiales y de clase existentes en el espíritu de la eurozona. Las gentes trabajadoras tanto del centro como de la periferia no tienen nada que ganar del éxito de la Unión Monetaria Europea. Todo lo contrario, el intento de crear un “dinero mundial” al servicio de los intereses del capital europeo ha comportado un empeoramiento de las condiciones laborales en el centro y una grave crisis en la periferia.

Una alternativa radical debería reconocer a su vez que la actual política de imposición de austeridad y la promoción de la ascendencia alemana tienen muchos números de fracasar. La principal razón es que la austeridad produce recesión y ésta empeora el problema de la deuda. Es más, el pronóstico a largo plazo para la periferia es de reducido crecimiento. Grecia, Irlanda y Portugal se enfrentarán a crecientes dificultades para pagar su deuda pública y probablemente tendrán que reestructurar, e incluso incumplir, los pagos. Las pérdidas resultantes tendrán un impacto en los países del centro, y las sumas serán seguramente de gran tamaño. Tan solo Grecia, en caso de ser rescatada de manera decisiva, necesitaría una reducción de la deuda pública de aproximadamente el 50% o el 60%, cerca de 200 billones de euros. Si esto se materializara se pondría en duda la propia pertenencia a la eurozona, en parte por los países del centro y en parte por los mismos países periféricos que incurriesen en impagos. Las ya tambaleantes estructuras de la eurozona pasarían a estar bajo mayor presión aún. En lugar de retroceder horrorizada, la izquierda debería estar preparada para este giro de los acontecimientos.

La división entre Centro y Periferia conlleva que una alternativa radical de izquierdas necesariamente difiera en diferentes lugares de la eurozona. Para los trabajadores y trabajadoras del centro, particularmente de Alemania, sería vital deshacerse de la implacable presión que la unión monetaria ejerce sobre los salarios. Sería una falacia, no obstante, ver el incremento salarial como vía de rescate del euro mediante el reequilibrio de la competitividad a lo largo de la eurozona y el impulso del consumo doméstico en el centro. Ninguna clase capitalista promovería de manera sistemática el aumento de los salarios de sus propios trabajadores y trabajadoras, ya que esto acabaría con su competitividad. Si se rompiera la moderación salarial en Alemania la unión monetaria se haría mucho menos atractiva para su propia clase dominante, y ello plantearía el debate de su propia continuidad como socia del euro. Al fin y al cabo, Alemania tiene una larga trayectoria a la hora de gestionar el marco alemán de manera estratégica con el objetivo de mejorar presencia en la producción y el comercio mundiales. Una estrategia radical en los países del centro debería ir más allá y adoptar medidas que, además de revertir la moderación salarial, la preparara para el fracaso de la unión europea. Un elemento importante sería el control del sistema financiero. La izquierda debería resistir la tentación de utilizar tributos y otros impuestos para rescatar a los bancos de su excesiva e imprudente exposición a la periferia de la eurozona. De hecho, la izquierda debería estar exigiendo una nacionalización de la banca que pudiera hacer de palanca para reequilibrar las economías del centro, partiendo de la premisa que los mecanismos de control sobre los bancos también cambiarían para reflejar intereses sociales más amplios y diversos. Ante todo, debería desplazarse el peso de la economía alemana de las exportaciones hacia una mejora del consumo doméstico, aprovisionamiento público e infraestructura. Para ello sería necesario recuperar el control sobre la política monetaria que en estos momentos detenta el BCE, así como imponer controles sobre los flujos de capital.

La cuestión de la pertenencia a la eurozona

En contraposición, la prioridad inmediata de una alternativa radical en la periferia debe ser enfrentarse a la carga de la deuda pública y privada. Particularmente la deuda pública debe ser renegociada con el objetivo de cancelar más de la mitad. Para hacerlo posible debería darse un impago dirigido por los acreedores impulsado desde la base. Ciertamente existen contrapartidas al impago y a cancelar la deuda de manera unilateral, como por ejemplo ser excluido de los mercados financieros o tener que pagar mayores tasas de interés en el futuro. Sin embargo, incluso la literatura económica convencional señala que- sorprendentemente- dichos costes no parecen ser muy sustanciales/5.

5/ Como han señalado de manera reiterada, por ejemplo, Sturzenegger & Zettelmeyer (2007).

Un impago dirigido por los acreedores se vería fortalecido inconmensurablemente por la creación de Comisiones Auditoras de la deuda pública independientes en todos los países de la periferia. Éstas facilitarían la participación de los trabajadores y las trabajadoras en la confrontación con el problema de la deuda e incentivarían una comprensión independiente de las causas y condiciones del endeudamiento. Las comisiones harían recomendaciones apropiadas para lidiar con la deuda, incluyendo la deuda considerada ilegal, ilegítima, odiosa o, simplemente, insostenible.

Un impago dirigido por los acreedores en la periferia plantearía inmediatamente la cuestión de la pertenencia a la eurozona, ya que los prestamistas son los países del centro. La salida constituye un importante componente de una estrategia radical de izquierdas radical que podría acabar con la austeridad y reestructurar las economías en interés de los trabajadores y trabajadoras. Pero cambiar la moneda constituiría un *shock* importante y requeriría un extenso programa de cambio social y económico. La primera prioridad sería evitar que el *shock* monetario se convirtiera en una crisis bancaria, ya que en ese caso las repercusiones sobre la economía serían severas. De ello se deriva que los bancos deberían ser colocados bajo control y propiedad públicos, protegiendo a los ahorradores, evitando huídas de capitales y creando un marco para reestructurar la economía. Por supuesto también se haría necesario imponer controles del capital de manera inmediata.

La nueva moneda se depreciaría ejerciendo, de esta manera, una presión adicional sobre los préstamos bancarios en el extranjero, pero también liberando al sector productivo de sus cadenas y estimulando las exportaciones. Una recuperación del control sobre la política monetaria simultánea a un impago de la deuda también eliminaría la austeridad dominante en el sector productivo. Por otro lado, un incremento en los precios de las importaciones ejercería presión sobre los ingresos de los trabajadores y trabajadoras, lo que haría necesarias medidas redistributivas mediante política tributaria y salarial. Finalmente, se introduciría una política industrial para restaurar la capacidad productiva en la periferia y crear empleo. Devendría necesario a continuación un esfuerzo organizado para incrementar la productividad del trabajo permitiendo a los países de la periferia mejorar su posición en la división internacional del trabajo. Un cambio tan dramático en la balanza de las fuerzas sociales a favor del trabajo requeriría, sin duda alguna, una reestructuración democrática del estado a través de una mejora en la recaudación de impuestos y la lucha contra la corrupción.

Una estrategia radical tanto en el centro como en la periferia incluiría medidas de transición en el sentido más profundo del término. Su forma concreta dependería de las fuerzas sociales movilizadas en su apoyo y de los tipos de lucha que emergieran. Pero el gran mérito de dicha estrategia consiste en que podría alterar el equilibrio de fuerzas contra el capital, creando así mejores

condiciones para resolver las cuestiones de distribución, crecimiento y empleo. En este sentido, una alternativa radical de izquierdas crearía un escenario favorable para un cambio socialista mediante la mejora de las condiciones sociales y económicas de los trabajadores y trabajadoras.

Si la izquierda europea consiguiera recuperar un mínimo de confianza en sí misma y en su arsenal histórico de ideas socialistas dicha estrategia no tendría por qué conducir al aislacionismo ni al nacionalismo. De hecho, si la izquierda continúa decepcionando a las gentes trabajadoras es probable que aumente el peligro de una reacción nacionalista. Las propuestas en torno a un ‘buen euro’ no ofrecen ningún medio para detener la inexorable reafirmación de intereses imperiales y de clase en la eurozona. Una estrategia capaz de desvincularse con firmeza del decadente proyecto de la unión monetaria proporcionaría una base para la solidaridad entre las gentes europeas. Para ello la izquierda debería abandonar el europeísmo, ideología oficial que durante tiempo ha tenido hipnotizada a su mente colectiva.

Costas Lapavitsas es profesor de Economía en la Escuela de estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres.

Título original en inglés: “A European strategy for the left.”

Traducción de la Comisión de Economía de Izquierda Anticapitalista.

Bibliografía citada:

ATTAC-Germany (2011) Manifiesto on the Crisis of the Euro. Marzo.

Husson, M. (2010) “A European Strategy for the Left”, Socialist Resistance. <http://hussonet.free.fr/srmh10.pdf>

Juncker J.C. & Tremonti J. “Eurobonds would end the crisis”. *Financial Times*, 5/12/2010.

Lapavitsas, C., Kaltenbrunner, A., Lambrinidis, G., Lindo, D., Meadway, J., Michell, J., Paineira, J.P., Pires, E., Powell, P., Stenfors, A., Teles, A. (2010) Research on Money and Finance 2010. The Eurozone between Austerity and Default. <http://www.researchonmoneyandfinance.org>

Sturzenegger, F. & Zettelmeyer, J. (2007) *Debt Defaults and Lessons from a Decade of Crises*. Cambridge, MA: MIT Press.